MUSEO DE LA MINERÍA DEL PAÍS VASCO

MEATZARITZAREN MUSEOA FUNDAZIOA

VIº CERTAMEN LITERARIO DOLORES IBARRURI PASIONARIA

GANADORES 2023

ÍNDICE

ÍNDICE **2**
POESÍA **3**
SI EL HIERRO HABLARA 4
VIVIR DE PIE 9
RELATOS **12**
CABALLOS ROJOS 13
EL PALACIO 19

POESÍA

1er premio

SI EL HIERRO HABLARA

Ibai Otxoa Gil

Si el hierro hablara,
hablaría de calles sin asfalto en el
barrio de Larreineta,
de mujeres con el puño en alto,
del economato de Zugaztieta,
de cada excavación
y cada veta,
de cada vagoneta
cargada hasta arriba,
de cada jornada productiva
y de acción colectiva.

Si el hierro hablara,
hablaría si quisiera
del sol pegando en la cantera,
de las viviendas de Orconera
y su precaria cocina,
del hambre y la necesidad,
de miseria y desigualdad,
de trabajar en la mina
desde los nueve años de edad.

Si el hierro hablara,
hablaría de dolores
y de Dolores,
de los brazos de los barrenadores,
de tiempos mejores
y tiempos peores,
del sudor del minero,
del barrio de Peñucas en un agujero,
de marxismo,
de las tolvas y su mecanismo,
de la técnica del artillero,
del trabajo de los peones,
de las mujeres en el lavadero
y la silicosis en los pulmones.

Si el hierro hablara,
sin duda hablaría
de huelgas reprimidas por la policía,
de una despensa vacía,
de un hijo muerto en la guerra,
del hospital de Matamoros,
de las riquezas de la tierra,
de sus tesoros
y de quienes los acaparan,
acumulando ceros,
y de lo que harían los mineros
si se jubilaran.

Si el hierro hablara,
hablaría de la línea de ferrocarril,
del trabajo infantil,
explotados mientras fueran capaces,
de los dueños
y sus secuaces,
los capataces,
de cómo mueren los sueños
aunque los alimentes desde que naces, de, además de trabajar,
tener que mendigar
en Portugalete y Las Arenas,
de alegrías y penas,
de vagonetas llenas,
engranajes y cadenas,
de las líneas de balde
y las tierras de Meatzalde,
del barro y lo que hay debajo,
de minas convertidas en lagos,
de largas jornadas de trabajo
con exiguos pagos.

Si el hierro hablara,
hablaría de la pasión,
de los hornos de calcinación,
de inscripciones
que dicen "all iron",
de canciones
de celebración,
de socavones,
de hacinamiento en barracones
y de condiciones
que no tienen perdón.

Si el hierro hablara,
hablaría de Gallarta,
de los problemas del pasado
y los actuales,
de nuestro legado,
de accidentes laborales,
de luchas sociales,
de cada huelga y cada pancarta.

2do premio

VIVIR DE PIE

Alejandro Carretero Trejo

He osado versar, desde el atrevimiento,
aun siendo un meñique en la mano de la lírica,
que Rafael o Miguel me perdonen desde su retiro
ya que ni pude sufrir hambre en su época,
ni pude escuchar sus discursos en directo,
ni viví la guerra desde dentro,
pocas batallas he tenido el placer de conocer.
Pero el que escribe es estudioso del verbo,
es curioso por quien ha marcado el camino
que hoy en día parece sencillo recorrer,
ese que hace más de un siglo una joven vasca emprendió,
empapada de lluvia roja bolchevique en sus libros,
dispuesta a abrazar a eso que llamaban comunismo
y parecía tan lejano comprender.

Su lucha fue la de tantos,
sus enemigos, se contaron por cientos,
sus arengas se esculpieron en bronce
y en plomo sus adeptos vieron sus sueños desvanecer.
Décadas de exilio, hambre, repudio,
familias rotas, mujeres retornadas a la esclavitud,
Moscú en el espejo que a veces se deforma,
generaciones luchando con inquietud
con la voz de Dolores de faro, luz y sombra,
madres como la mía enrocadas en su actitud
de no ser como querían algunos que deberían ser,
de no ser parte y testigo de un sistema dormido
en el que vivir de pie y morir con el cuerpo abatido
fuera la meta y no el camino a elegir,
luchar es el sueño que marca el principio puestos a perder.

Dolores pudo regresar a su patria,
la que algunos bordan en pulseras y dicen defender
mientras niegan el yugo al que el martillo del hambre
sacia sin piedad y asesina para ser juez
instructora de delitos cometidos por gente de a pie
que lo único que buscan es paz, pan y trabajo,
libertad de expresión e igualdad desde abajo,
utopía en algunos, misión para todos,
testimonio de vida que una Pasionaria encendida
hizo que muchos se revolvieran en su sillón morado,
vestida de negro y puño elevado,
gritando el "No pasarán" que siguen sin comprender.

El Muro cayó,
el comunismo se desmoronó en tantas partes,
nuestros referentes nos dejaron,
ya no había poemas arengando a las tropas,
ya no había canción protesta, guitarra en mano,
Lorca seguía en su cuneta dormitando,
Dolores seguro que se fue con él,
a brindar por la vida,
a escribir poesías reivindicativas
que los jóvenes amenazábamos con ir olvidando.
Y aquí llega el fin de mi tímida valentía,
en plena era de redes, posverdades y dobles raseros,
en el que está más presente que nunca
como si jamás se hubiera marchado,
la llama minera encendida,
la llama de la lucha aún no perdida,
viviremos de pie para contarlo.

RELATOS

1er premio

CABALLOS ROJOS

Gustavo Daniel

De un pueblo minero no se cuentan muchas historias. No porque no ocurrieran, sino porque los habitantes tienden a enterrar los rumores entre las piedras. Por eso, de mi paraje sólo se puede decir que la playa lo arrincona contra el cerro, que los Martínez solíamos administrarlo y que tener a mano un puerto nos trajo más miedos que oportunidades de comercio. Pero pronto llegaré a eso.

A Ugarte Martínez le decíamos el Chancho, por ser muy sucio entre los mineros, vaya imaginando. Chiquillo demasiado enamorado del sol para alguien que se pasaba las horas picando bajo las cuevas. Es que, a papá minero, hijos herramienta.

Nació por algún lugar del medio entre veintiún hermanos. Éramos tantos que, si no cerrábamos la ventana de la cabañita cuando nos íbamos a dormir, alguno amanecía afuera desparramado en la tierra. Eso sí, todos de colorcitos diferentes. Rubitos, morenos, pelirrojos, de ojos apretados o como pelotas, incluso alguno mostraba dientes grisáceos. Pero nadie nos preguntaba por el calibre de fidelidad de la señora Martínez, mamá de ojitos alegres, casera a más no poder, lo suficientemente obediente al marido como para quedarse en un pueblo que prefiere enterrar sus historias a espaldas del puerto.

Nuestro Ugarte, El Chancho, fue el primero de nosotros que se decidió a rejuntar un montón de paja y estopas y armarse una cucha en el techo. A veces llueve poco por estos campos. Los benjamines, y algunos mayores, lo tomamos como un visionario y le copiamos el método. Por las noches nos quedábamos tallando algún pedrusco que habíamos recogido de las minas, inventándole formas de animales o pájaros, hasta que las estrellas nos cansaban. Nos despertábamos al alba con el silbido de papá, y rodábamos hacia la canaleta del rocío para descolgarnos de un salto. Y a trabajar a las cuevas, sin más desayuno.

Así pasaban los años, con el clan Martínez gusaneando por las minas, picos en puño. Cada día nos acercábamos a descubrir un filón de plata que parecía desplazarse en secreto bajo la tierra, de tan elusivo. Pero papá guiaba la excavación, y eso era palabra mayor. Se jactaba de jamás haber perdido el tiempo con juguetes, ya de chico nomás se le había curtido la vida amansando las piedras y las cavernas.

El paraje era paso de viajeros, gentes del mar, de la montaña, o del este. Paso de peregrinos y solitarios. Una vez cada tanto llegaba desde el puerto un hombre de bigotes floridos y sombrero de alero caído, con una quemadura en la cara, que visitaba a mamá y mostraba cierto interés docente por Ugarte. Se hacía llamar Artem. Solía caerle con regalos distintos, como por ejemplo una aguja de madera, una alfombra, un nido con huevos manchados o algún gorrito, pero pasados los días Ugarte se los dejaba olvidados en el corral de los pollos o en manos de alguno de nosotros.

Una mañana de viento estival, cuando papá ya había salido para la cantera, el señor Artem vino a comer a casa con un envoltorio. Recuerdo que mamá le había cortado el cogote a una gallina que se levantó y siguió corriendo por unos momentos, y la perseguimos alrededor de la leña hasta que se desplomó. El hombre se reía sentado frente al brasero. Se levantó sacudiéndole el pelo a Ugarte, y por poco le queda la mano pegada a la roña. Abrió el envoltorio y sacó una guitarra. Vamos a ver, dijo. La hizo sonar pasándole una uña quebradiza y se la entregó al chico, que la recibió como se alza a un hijo por primera vez. No sé si podré explicar lo que pasó.

Primero Ugarte causaba unos ruidos que me provocaban dolor de muelas, pero al ratito sentí que me empezaban a caer las lágrimas. Lágrimas dulces. Los dedos le caminaban por las cuerdas como arañas de carne. Mi mamá y yo nos detuvimos de golpe. Sentíamos que podíamos romper algo que se estaba formando frente a nosotros, algo como un animal de vidrio que rondara frágil por la cocina. Y cuando empezó a cantar… es difícil de describir. Parecía emanarle el alma. No me alcanza con decir que cantaba, más bien untaba en el aire una voz gorjeante, quebradiza, como sólo podría tener un barco, o un zorzal titánico, una bestia de madera que se asienta sobre la montaña para abrir sus fauces y dinamizar los huracanes del valle.

Al señor Artem se le mojaron los bigotes y cayó sentado contra la pared. Se había ahogado con sus propios latidos, y también lloró, pero riéndose. Dijo que Ugarte había encontrado su Caballo Rojo. No sé qué quiso decir, pero después de eso besó a mi mamá en los ojos y no lo volvimos a ver.

Esa noche la playa se puso espumosa, y la marea subió como nunca antes. Las minas se inundaron. A última instancia intentamos detener el agua desde adentro, pero ya era inútil. Papá gritaba y bailaba de furia, convertido en un demente que se negaba a perderlo todo. Estuvo a punto de morir ahogado, si no fuera porque Ugarte nos convenció a los veintiún hermanos de desmayarlo a patadas y sacarlo a rastras. Nunca nos perdonó que no lo dejáramos morir.

A los meses tuvimos que vender nuestro terreno por monedas a un hacendado que se asentó con su familia en un caserón de la sierra, y empezamos a labrar para él. Se alzaron cabañas que fueron habitadas con nuevos trabajadores. Parece que solamente así prospera un pueblo. Pasando los años se empezaron a producir máquinas con las que pudimos remover rocas impensadas y abrir túneles nuevos en la montaña. Pero la mina ya no era nuestra. Cuando la veta de plata apareció, nos sentimos traicionados por la suerte. El hacendado se volvió muy rico. Se dice que una vez lo visitó un rey, pero nosotros no pudimos verlo. Después de eso las sierras empezaron a llenarse de oficiales que se adueñaron del puerto. Rondan desde la madrugada, beben un vino negro y nos dicen en dónde tenemos que cosechar. Los Martínez siempre fuimos herramientas, y las herramientas no entienden lo que pasa. Solo cambian de mano.

Pero Ugarte había crecido bajo su propia crianza, hecho un adolescente de alma vieja. Eludía a los capataces de la labranza para escabullirse monte adentro, cargando a Caballo Rojo, que así bautizó a su guitarra. Allá se pasaba la tarde cantando para los truenos que braman a lo lejos. Todavía hoy, cuando los escucho, pienso que me están preguntando por él. Yo les respondo que sí, que Ugarte se ha marchado de aquí, que ahora nada más somos veintiún muchachones huérfanos de tierra y dos viejitos olvidadizos. No me atrevo a contarles la causa de su partida; que papá se enfureció por algo que no sé y trató de romper la guitarra en la cabeza de mamá. Tengo miedo que los rayos vengan a perseguirlo. Es que papá y Ugarte siempre fueron astillas del mismo palo, excepto tal vez por una cosa: uno de los dos encontró su Caballo Rojo. El otro, nomás lo que tuvo a mano.

Eso sí, a la hora en que el viento sopla hacia el norte, enciendo uno de esos radioreceptores nuevos y me le quedo pegadito el tiempo que puedo. A veces tengo que sostener la perilla con el pulgar para distinguir entre la estática una voz de cuarzo, que me recuerda a Ugarte porque también parece surgir desde algún secreto del valle. Es una voz semejante a la de mamá cuando aún tenía fuerza, pero que carga algo muy diferente. Algo que también galopaba en las canciones de mi hermano.

Sé que no nos ha abandonado, sino que ha ido a encontrarse con su manada. Por eso también sé que un día los Martínez volveremos a vivir.

“Vivir”, como lo dice mamá cuando se llena de aire, y no como un lujo de la suerte.

2do premio

EL PALACIO

Miguel Ángel Esquembre González

Observaban la escalera de doble ramal que había justo en la entrada. Recorrieron los salones cruzando dinteles de granito. El de la planta baja, a la izquierda, parecía haber sido destinado a comedor. Había polvo acumulado y telarañas en muchas esquinas. Al fondo, una pequeña silla con la inscripción de Fabiola. Esa sala se iluminaba por unos grandes ventanales que daban al jardín, que, a pesar del abandono, había resistido bastante bien las embestidas de la dejadez, aunque también ayudara la incipiente primavera madrileña.

En las paredes, se veían los cercos dejados por los cuadros que habrían marchado, con los dueños de aquel palacio, hacía algunos años. La familia Mora Aragón lo había abandonado con el advenimiento de la República.

Aquellas mujeres habían paseado en silencio por el lugar. Algunas querían entretenerse en observar pequeños detalles, pero rápidamente seguían a Dolores. Hasta que ésta se detuvo, se giró y exclamó.

—*¡Este será nuestro nuevo sitio!*

Los aplausos se mezclaron con las risas nerviosas. Había una cierta intuición, que flotaba en el aire, de que aquel lugar, llamado el Palacio de Zurbano, era el propicio para la sede de la Asociación de Mujeres Antifascistas, pero también habían temido que Dolores lo rechazase por su suntuosidad y por estar en una ubicación ajena a donde vivían las clases humildes. Todo lo contrario, las élites aristocráticas de Madrid se habían reproducido en aquel barrio de Chamberí.

Una vez tomada la decisión se hizo el silencio. Todas sabían el ingente trabajo que les esperaba en aquel sitio. El gobierno les había encomendado la asistencia en los frentes de batalla y el auxilio a los combatientes. Esto había generado agrias discusiones, dentro del grupo, sobre su papel en la contienda. Algunas no se veían en ese rol, sino empuñando armas.

Encontrar aquel sitio había parado, en parte, la polémica. No había que perder tiempo en acondicionar aquel espacio.

—*Tenían buen gusto* —saltó Teresa, que le incomodaba ya, la ausencia de palabras.

—*No te confundas, Teresa, tenían dinero, mucho dinero, buen gusto tenemos todas* —le contestó Dolores.

Hubo pequeñas risas y, de nuevo, volvió el silencio. Era como el ritual de una nueva etapa. Madrid estaba lejos de la guerra y ya nadie se atrevía a decir que aquella rebelión iba a terminar pronto.

Adela, pensaba si era correcto tener envidia a este edificio que algún día fue un hogar. Si ese sentimiento la convertía en una burguesa fracasada. Ella había nacido en una granja en Teruel, su padre era porquero y desde pequeña cuidaba los animales. Nunca supo que aquel olor que se había impregnado en su ropa era algo que los demás detestaban, jamás lo percibió. Recordar donde había nacido ella y compararlo con este palacio era un insulto, pero lejos de sentir rabia, que es lo que hubiera deseado, su sitio lo ocupaba la envidia. Haber tenido una infancia tranquila, haber tenido una sillita con su nombre, como aquella que estaba en el comedor.

Ramira, pensaba en cómo convertir aquel sitio en un lugar para las mujeres de Madrid. Aquella verja no invitaba a pasar, el jardin era bonito para ser admirado, pero había que reconvertirlo. Debía ser un referente en la capital. Desde aquí, se tenía que organizar la resistencia de las mujeres. Ramira, había sido la mayor defensora de la idea de crear una milicia femenina que combatiera en el frente, un batallón sin hombres.

Julia estaba emocionada. Incluso físicamente se le humedecían los ojos. Desde los siete años estuvo sirviendo en el palacio de Camposagrado, en Oviedo, que era aún más lujoso. La ciudad asturiana tenía muchos edificios así, y ella conocía otros lugares porque tenía amistades con el servicio y, a veces, las visitaba y fisgoneaba sin que los dueños se dieran cuenta, porque la invisibilidad de una, era la de todas. Hacía apenas tres años, el palacio de Camposagrado, se incedió durante la revolución de Asturias y lo consideró como una señal para escapar. Una amiga suya, conociendo sus inquietudes le habló de La Pasionaria y dejó todo para acompañarla a Madrid. Ahora, tenía ganas de limpiar aquel edificio, quitarle la pátina de polvo y suciedad que se había adherido, pero como dueña del espacio, no como su sirvienta.

Dolores alternaba la mirada entre los bojs del jardín y sus compañeras. Como si supiese adivinar sus pensamientos, habló pausadamente.

—*Sé que no parece un lugar para nosotras. Sino más bien para reinas, pero nos lo hemos ganado. Aquí será el lugar donde todas las mujeres antifascistas de Madrid vengan, e incluso las compañeras de otras zonas. A veces, por nuestra vida, pensaremos que no nos merecemos un sitio así, algunas os sentiréis usurpadoras, otras, incluso, os acomodaréis rápidamente y si algún día tenemos que marchar, os costará reiniciar la vida en cualquier zahurda. Todo es lícito. Nuestros anhelos distaron mucho de haber imaginado ocupar un palacio como éste, pero sus dueños huyeron y ahora estamos aquí…* —cuando su voz se elevaba, siguiendo el tono de un discurso, se calló. Hizo una pausa larga, carraspeó y prosiguió de otra manera.— *Salgamos al patio, me pareció haber visto varias mariposas revolotear, no se me ocurre mejor ejemplo de transformación.*

—*Antes capullos* —soltó Ramira

—*Gusanos* —siguió Julia.

—*Y ahora mariposas* —sentenció Dolores.

Sonó el eco de las carcajadas, mientras el sol las iba iluminando cuando cruzaban la puerta hacia el patio.

El final ya lo conocemos, pero en aquel momento la felicidad les había visitado, aunque fuera de paso.

MUSEO DE LA MINERÍA DEL PAÍS VASCO

MEATZARITZAREN MUSEOA FUNDAZIOA